

El dominio propio
Autor: Charles Henry Mackintosh

El dominio propio

El dominio propio en 2 Pedro 1:6 tiene un significado mucho más amplio que la palabra “templanza”. Usualmente esta última se aplica a los hábitos de moderación con referencia a comer y beber. De hecho, la palabra griega traducida por “dominio propio”, empleada por el inspirado apóstol Pedro, transmite la idea de uno que tiene el dominio de sí mismo de forma habitual y que sabe gobernar el «yo».

Ejercer el dominio de sí mismo es, en efecto, una gracia extraordinaria y admirable, la cual comunica su bendita influencia sobre toda la marcha, el carácter y la conducta del individuo. Esta gracia no sólo afecta directamente uno, dos o veinte hábitos egoístas, sino que ejerce su efecto sobre el «yo» en toda la gama y variedad de ese tan amplio y odioso término. Más de uno que miraría con orgulloso desdén a un glotón o a un embriagado, puede él mismo faltar a toda hora de manifestar la gracia del dominio propio. Ciertamente, los excesos en la comida y la bebida deben ser clasificados con las formas más viles y degradantes de egoísmo. Deben ser considerados como parte de los frutos más amargos de este árbol tan extendido del «yo». El «yo», en efecto, es un árbol, y no solamente la rama de un árbol ni el fruto de una rama, y nosotros no sólo debemos juzgar el «yo» cuando está activo, sino **controlarlo** para que no actúe.

Puede que alguno pregunte: «¿Cómo puedo controlar el «yo»?» La bendita respuesta es simple: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). ¿No hemos obtenido la **salvación** en Cristo? Sí, bendito sea Dios, la hemos obtenido. ¿Y qué incluye esta palabra maravillosa? ¿Es simplemente la liberación de la ira venidera? ¿Es meramente el perdón de nuestros pecados y la seguridad de estar librados del lago que arde con fuego y azufre? Por más preciosos que fueren estos privilegios, la “salvación” abarca mucho más que ello. En una palabra, “salvación” implica una plena aceptación de Cristo con el corazón, como mi “sabiduría” para guiarme fuera de la oscuridad de la insensatez y de los caminos torcidos, hacia los caminos de luz y de paz celestial; como mi “justificación” para justificarme delante de un Dios santo; como mi “santificación” para hacerme prácticamente santo en todos mis caminos; y como mi “redención” para darme liberación final de todo el poder de la muerte, y entrada en los campos eternos de gloria (1 Corintios 1:30).

Por eso, es evidente que el “dominio propio” está incluido en la salvación que tenemos en Cristo. Es el resultado de esa santificación práctica de que nos ha dotado la gracia divina. Debemos guardarnos con cuidado del hábito de tener una visión estrecha de la salvación. Debemos procurar entrar en toda su plenitud. Es una palabra que se extiende desde la eternidad hasta la eter-

nidad y abarca, en su poderosa esfera de acción, todos los detalles prácticos de la vida diaria. No tengo ningún derecho de hablar de salvación de mi alma en el futuro mientras rehúse conocer y manifestar su influencia práctica en mi conducta en el presente. Somos salvos de la culpa y la condenación del pecado, pero también del poder, la práctica y el amor de él en su plenitud. Estas cosas nunca deben ser separadas; y ninguno que ha sido divinamente enseñado en cuanto al significado, extensión y poder de esa palabra preciosa —salvación—, lo hará.

Al presentar ahora a mi lector unas observaciones prácticas sobre el asunto del dominio propio, voy a considerarlo bajo las tres divisiones siguientes, a saber: los pensamientos, la lengua y el temperamento. Considero que me estoy dirigiendo a personas salvas. Si mi lector no lo fuere, sólo puedo dirigirlo a la única senda verdadera y viviente: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31). Ponga entera confianza en Él y estará seguro como Él mismo lo es. Ahora procederé a tratar el práctico y tan necesario tema del dominio propio.

Los pensamientos

En primer lugar, trataremos acerca de nuestros pensamientos y del control que habitualmente debemos ejercer sobre ellos. Supongo que hay pocos cristianos que no han padecido pensamientos perversos: esos intrusos molestos que aparecen en nuestra más profunda intimidad, perturbando continuamente el descanso de nuestra mente, y que tan frecuentemente oscurecen la atmósfera alrededor de nosotros y nos privan de mirar arriba con una vista clara y plena hacia el cielo luminoso. En Proverbios 15:26 está escrito: “Abominación son a Jehová los pensamientos del malo”. Son verdaderamente aborrecibles y deben ser juzgados, condenados y desechados. Hablando del asunto de los malos pensamientos, alguien dijo: «Yo no puedo impedir que los pájaros vuelen encima de mí, pero sí puedo evitar que se posen sobre mí. Asimismo, no puedo evitar que los malos pensamientos surjan en mi mente, pero sí puedo impedir que se alojen en ella.»

Sin embargo ¿cómo podemos controlar nuestros pensamientos? No lo podemos de ninguna manera. ¿Qué deberíamos hacer? **Mirar a Cristo**. Éste es el verdadero secreto del dominio propio. Él puede guardarnos, no sólo de que se alojen malos pensamientos, sino también de que los tales surjan en nuestra mente. No podríamos prevenir lo uno ni lo otro. Él puede prevenir ambas cosas. Él puede evitar no sólo que los viles intrusos entren, sino que también golpeen a la puerta. Cuando la vida divina está en su actividad, cuando la corriente de pensamiento y sentimiento espiritual es profunda y rápida, cuando los afectos del corazón están intensamente ocupados

con la Persona de Cristo, los vanos pensamientos no vienen a atormentarnos. Sólo cuando nos dejamos invadir por la indolencia espiritual, los malos pensamientos vienen sobre nosotros. Entonces nuestro único recurso es fijar nuestros ojos en Jesús.

Podríamos también intentar combatir contra las organizadas huestes del infierno, así como contra una horda de malos pensamientos. Pero nuestro refugio es Cristo. Él ha sido hecho para nosotros “santificación”. Podemos hacer todas las cosas por medio de Él. Sólo tenemos que llevar el nombre de Jesús contra el diluvio de malos pensamientos, y Él dará con toda seguridad una plena e inmediata liberación.

Sin embargo, el medio más excelente para ser preservado de las sugerencias del mal consiste en estar **ocupados con el bien**. Cuando la corriente del pensamiento fluye invariablemente hacia arriba, cuando es profunda y perfectamente estable, sin ningún desvío ni lagunas, entonces la imaginación y los sentimientos, que brotan de las profundidades del alma, fluirán naturalmente hacia adelante en el lecho de dicho canal. Éste es sin duda el camino más excelente. ¡Ojalá que lo probemos en nuestra propia experiencia! “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros” (Filipenses 4:8-9). Cuando el corazón está lleno de Cristo, habiendo incorporado de forma viva todas las cosas enumeradas en el versículo 8, disfrutamos de una paz profunda e imperturbable frente a los malos pensamientos. Éste es el verdadero dominio propio.

La lengua

En segundo lugar, podemos pensar en la lengua, ese miembro influyente tan fructífero para el bien como para el mal, el instrumento con el que podemos proferir acentos de dulce y tierna simpatía, o palabras de amargo sarcasmo y de ardiente indignación. ¡Qué importancia enorme tiene la gracia del dominio propio en su aplicación a tal miembro!

Graves daños, irreparables con el tiempo, puede causar la lengua en un instante. Palabras por las cuales daríamos todo lo que poseemos para que fuesen borradas, puede proferir la lengua en un momento de descuido. Oigamos lo que el inspirado apóstol dice sobre este asunto: “Todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y lle-

vadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Santiago 3:2-8).

¿Quién entonces puede controlar la lengua? “Ningún hombre” es capaz de hacerlo, pero Cristo sí puede, y nosotros sólo tenemos que contemplarlo a Él, con simple fe. Esto implica la conciencia tanto de nuestra absoluta impotencia como de Su plena suficiencia. Es absolutamente imposible que seamos capaces de controlar la lengua. Es lo mismo que si intentáramos detener la marea del océano, los ríos de deshielo o el alud de la montaña.

Cuántas veces, al sufrir las consecuencias de alguna equivocación de la lengua, hemos resuelto ordenar a ese miembro desobediente algo mejor la próxima vez, pero nuestras resoluciones resultaron ser como el rocío de la mañana que se desvanece, y no tuvimos más remedio que retirarnos y llorar por nuestro deplorable fracaso en el asunto del dominio propio. ¿A qué se debió esto? Simplemente a que nosotros emprendimos esta obra sobre la base de nuestras propias fuerzas o por lo menos sin tener una conciencia suficientemente profunda de nuestra propia debilidad. Ésta es la causa de constantes fracasos.

Debemos aferrarnos a Cristo como un niño se aferra a su madre. Esto no significa que el hecho de aferrarnos tenga algún mérito en sí mismo; sin embargo, debemos aferrarnos a Cristo, pues ésta es la única manera en que podemos refrenar la lengua con éxito.

Recordemos siempre estas palabras solemnes y escudriñadoras del mismo apóstol Santiago: “Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana” (Santiago 1:26). Son éstas palabras saludables para un tiempo como el presente cuando tantas lenguas desobedientes y vanas palabras pululan dondequiera. ¡Ojalá que tengamos gracia para prestar oídos a estas palabras! ¡Que su santa influencia impregne nuestros caminos!

El temperamento

El tercer punto que vamos a considerar es el temperamento o el carácter, el cual se halla íntimamente relacionado con la lengua y con los pensamientos. Cuando la fuente del pensamiento es espiritual, y la corriente celestial, la lengua es sólo el agente activo para el bien, y el temperamento será calmo y apacible. Si Cristo mora en el corazón por la fe, todo se halla bajo control. Sin Él, nada tiene valor.

Yo puedo poseer y manifestar la calma de un Sócrates, y al mismo tiempo ignorar por completo el “dominio propio” de que habla el apóstol Pedro en 2 Pedro 1:5-7. Este último se funda en la “fe”; mientras que la calma estoica de los sabios de este mundo se funda sobre el principio de la filosofía: dos cosas totalmente diferentes.

No debemos olvidar que se nos dice: “Añadid a vuestra fe virtud...” Esto pone a la fe ante todo como el único eslabón que vincula el corazón con Cristo, la fuente viviente de todo poder. Teniendo a Cristo y permaneciendo en Él, somos hechos capaces de agregar a la fe “virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor”.

Tales son los preciosos frutos que brotan como resultado de permanecer en Cristo. Pero yo no puedo controlar mi temperamento más que mi lengua o mis pensamientos, y si me propusiera hacerlo, con toda seguridad fracasaré a cada instante. Un filósofo sin Cristo puede que manifieste un mayor dominio sobre sí mismo, su propio carácter y lengua que un cristiano, si éste no permanece en Cristo. Esto no tendría que ocurrir y no ocurriría si tan sólo el cristiano considerara a Jesús. Sólo cuando falla en este punto, el enemigo gana ventaja.

Tal vez el filósofo sin Cristo tiene un éxito aparente en la obra tan importante del dominio propio, sólo que así puede estar más efectivamente cegado acerca de la realidad de su condición delante de Dios, y ser arrastrado precipitadamente a la perdición eterna. Satanás se deleita cuando hace tropezar y caer a un cristiano, haciendo que éste halle así una ocasión para blasfemar el nombre precioso de Cristo.

Lector cristiano, tengamos en cuenta estas cosas. Consideremos a Cristo a fin de que controle nuestros pensamientos, nuestra lengua y nuestro temperamento. Prestemos “toda diligencia”. Sopesemos todo lo que esto incluye. “Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os

dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (2 Pedro 1:8-9).

Estas palabras son profundamente solemnes. ¡Con qué facilidad caemos en un estado de ceguera y negligencia espiritual! Ninguna medida de conocimiento, ya de doctrina, ya de la letra de la Escritura, preservará al alma de esta horrible condición. Únicamente el “conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” será de provecho. Y este conocimiento crecerá en el alma “poniendo toda diligencia por esto mismo, añadir a nuestra fe” los diversos dones de gracia a los que el apóstol se refiere en el pasaje tan práctico que cala hondo en nuestra alma. “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (v. 10-11).